

dimientos restrictivos, en vista del incremento prodigioso que á la sombra de la proteccion han adquirido las exportaciones en Francia y en los Estados- Unidos en los últimos decenios del cuarenta y ocho al setenta y ocho, incremento muy superior á el alcanzado por la Gran Bretaña en igual periodo.

Solo es útil por igual el libre cambio y por consiguiente legítimo, cuando los países entre quienes se establece permutan valores equivalentes sin menoscabo de sus industrias respectivas, puesto que el trabajo es en suma la única verdadera fuente de la riqueza y bienestar de las naciones.

De cualquier modo E. S., no parece que en justicia deba atribuirse grande fuerza á los argumentos principales aducidos hasta ahora para la supresion instantánea del amparo que los aranceles conceden á nuestra industria lanera. Fúndase el primero y capital en la conveniencia de abrir ancho y favorable mercado á nuestra produccion vinícola por medio de un convenio con Inglaterra, que, á cambio de mayores facilidades para colocar en España una parte considerable de sus tegidos de lana, nos otorgaría la rebaja de la escala alcohólica beneficiando así á la clase menor en cantidad de nuestros vinos fuertemente alcoholizados.

Acarician hoy, además, los libre-cambistas de Madrid (que así debe llamárseles) otro pensamiento peregrino: el de que España ejerza una especie de monopolio vinatero, dedicándose de un modo esclusivo á esta especialidad.

Yá se ha demostrado en publicaciones de todos géneros que la transformacion á que aspiran nuestros libre-cambistas y que consiste en convertir todas las industrias españolas en una sola industria, la vinícola, es apesar de su sencillez embriagadora, sencillamente impracticable y absurda, puesto que, cuando se hubiese conseguido el bello ideal de convertir la península en un inmenso viñedo, hecho que los lagares destilasen 140.000.000 de hectólitros de vino y alcanzado que solo nosotros surtiéramos los mercados inglés y francés, la exportacion ascenderia á poco más de un millon de hectólitros, quedándonos con ciento treinta y nueve millones para el consumo interior, calculado en treinta y cinco millones.

¿Qué precio obtendria el vino cuando la produccion excediese en cien millones de hectólitros de lo necesario para el comercio interior y exterior? Verdad es que el ensayo de esta disparatado proyecto solo costaria unos cuarenta mil millones de reales.

Esto prescindiendo de otro orden de consideraciones mas altas que á ningun publicista le es dado olvidar, á menos que se sitúe en esa region aerea á que se elevan los cerebros enfermos y desde la cual no se distingue ó no se siente en el pecho el santo amor de la patria. *No sólo de pan vive el hombre*, y el simple anuncio de encerrar nuestra actividad é inteligencia en los límites degradados de una industria casi grosera, produce justa y bochornosa indignacion, porque implica una declaracion paladina de incapacidad y atraso nacional, por fortuna destituida hasta del menor fundamento. Si al cabo de nuestra gloriosísima historia nos encontráramos con que los Españoles solo servimos para cultivar viñas y que España debia convertirse en una inmensa bodega, por decoro siquiera de la tierra bendita en que hemos nacido debiéramos ocultar esta gran vergüenza á los estraños, aunque por ello perdiéramos alguna utilidad material. Pero no es así ni ha sido nunca y hoy mucho menos, sobre todo en la fabricacion de los tegidos de lana, puesto que, como reconocen los mismos libre-cambistas, alguno de nuestros productos de las clases citadas, se han exhibido en exposiciones universales ocupando lugar muy preferente.

No es, por tanto, una proteccion excesiva y perpétua la que España necesita para situarse en condiciones de luchar libremente y sostener su puesto ventajoso la industria de que se trata, sino que el Gobierno tenga presente la compléxas dificultades con que hasta hoy ha luchado, ajenas en absoluto á la voluntad de los fabricantes; así como el que todo cambio en la economia de un pais debe efectuarse lenta y cuidadosamente, para que al adoptarse medidas legislativas sobre el particular, no se cause tan grave daño á los intereses en él comprometidos, que toda la nacion llegue á resentirse en su riqueza y hasta en su dignidad por el abandono de elementos propios indispensables en los casos eventuales de defensa del territorio.

No es en rigor necesario demostrar la necesidad ineludible de que continúe la proteccion á la industria lanera, por lo menos en el grado que hoy se le dispensa. Esta necesidad por nadie se ha negado con datos y razones convincentes y se halla de otro lado justificada de sobra con la concurrencia sensible que le hacen los tegidos extranjeros. Por eso los impugnadores del sistema proteccionista, no dirigen sus argumentos principales á este punto, si no que, partiendo de la ruina posible (segura debieran decir) que á ese ramo de nuestra riqueza ocasionaria el libre-cambio, se adelantan á señalar como superior indemnizacion á los intereses generales del pais, el incremento fabuloso de otro producto (el vinícola) que nos constituiria en una especialidad universal. Ya se ha visto lo que vale esa elucubracion ante el primer examen de una juiciosa critica.

En buen hora que se fomenten con equitativa igualdad todos los ramos de nuestra riqueza y que se preste á la agricultura el auxilio preferentísimo de que se halla necesitada en general. Para dar principio ó empuje vigoroso á nuestra regeneracion económica secando las fuentes conocidas de la industria para ensayar otras nuevas, con el auxilio, bien sospechoso, de la nacion mercantil mas egoista y calculadora del mundo, seria, en verdad, copiar la fábula del perro y la sombra, abandonando lo real y positivo